

# Haz turismo invadiendo un país

Textos para pensar antes de viajar, o el turismo como excusa para narrar buenas historias

MARC CAELLAS

“Uno podría pensar que África es un invento de la televisión. Que, más que un continente, es obra de esa gran y millonaria religión llamada ‘caridad’. Un truco, una leyenda, por la que hacemos conciertos y campañas y grabamos discos en el mundo. ¿Y si África en realidad no existe?”, escribe Juan Pablo Meneses en ‘Una vuelta al tercer mundo’ (Debate, 2015). El periodista chileno se embarca en una vuelta al mundo que, a ratos, parece más un festival de teatro ‘site-specific’ por territorios de ficción. Así, en Brasil, asiste a una obra de teatro documental en la que casi todos los habitantes de un pueblo, supuestamente, tienen un hermano gemelo. En Vietnam la pieza es interactiva y el espectador-turista se pone en la piel de un aguerrido combatiente del vietcong. En Chile la función es del tipo ambientalista, pero los decorados están mal hechos y hay problemas con el casting. En la frontera entre la India y Pakistán, el show es con soldados y armas de guerra. Un Shakespeare mal hecho y peor dirigido. El periodista chileno nos cuenta con humor fino todas estas puestas escenas que los pobres del aún llamado tercer mundo montan para paliar un poco el crónico aburrimiento de los ricos del aún considerado primer mundo. Dramaturgias de realidad.

## Algunos países son vertederos de la chatarra de otros

“¿Y si esos niños desnutridos no son más que muñecos a control remoto, contruidos especialmente para dar miedo y lástima, y que han sido filmados en un desierto cerca de Los Ángeles?” Parece un mal chiste, pero más de uno se comporta como si fuera verdad. O si no, ¿cómo se explica que los turistas sigan visitando falsos orfanatos en Camboya, creyendo que con ese gesto ayudan en algo a esos niños que ni son huérfanos ni ganan nada actuando como tales? ¿Quiénes son esos japoneses que pagan grandes sumas de dinero por una entrada en primera fila de la guerra de Siria o del Líbano?

La caridad cristiana es una perversion inculcada en el subconsciente de los que fuimos educados en colegios católicos. Una suerte de analgésico ideológico. Esa idea de que la pobreza es inevitable, que con una pequeña ayuda podemos aliviarla un rato, y que resignémonos, pues todo me-



Imagen de una campaña de la ONG Child Safe Movement.



Monumento al guiri. Fiestas libertarias de Gràcia 2014. FOTO: MARC CAELLAS

morará en la otra vida, la eterna. Mientras tanto, en esta, algunos países son vertederos de la chatarra de otros. Llámalo reciclaje. Llámalo país en vías de desarrollo. Llámalo turismo comprometido. “Lo más duro de vivir en el Tercer Mundo es que uno termina creyendo que existe el Primer Mundo. Que hay algo mejor que lo que nos ha tocado. Lo más du-

ro de vivir en el Primer Mundo es que uno termina olvidando que existe el Tercer Mundo”, asegura Meneses, con ese ojo crítico del que sabe dónde mirar.

Las distracciones turísticas operan en muchos casos como las drogas. Son una manera de escapar de un día a día insoportable. En ‘No disparen contra el turista’ (Edicions Bellaterra, 2009), el an-

tropólogo Duccio Canestrini analiza esta pulsión escapista. Si bien es cierto que necesitamos salir, bajo fianza, de nuestra cárcel mental, aún lo es más que el sistema necesita que lo hagamos. Para mantener el control social. Para evitar revueltas. Canestrini rescata una cita de Adolf Hitler: “Quiero que los trabajadores tengan unas vacaciones como es debido, porque quiero un pueblo con los nervios templados.” Canestrini también analiza esta contradictoria obsesión por la seguridad cuando se viaja a territorios inhóspitos. Los turistas se comportan como si viajaran a bordo de un papamóvil invisible, como si fueran inmunes a balas o enfermedades tropicales. Ni los cada vez más frecuentes atentados en zonas turísticas de países pobres detienen a las hordas viajeras. No es temeridad. Es inocencia, desconocimiento, impunidad.

Ante la tentación de ponernos demasiado graves recurrimos a las ‘jetlaguides’. Parodia de las tradicionales guías de viaje tipo Lonely Planet, estas guías son imprescindibles antes de partir a San Sombbrero, una tierra de carnavales, cocktails y golpes de estado; Molvania, un territorio olvidado por la odontología; o a Phaic Tan, un paraíso asiático por descubrir. Creada por tres avispados australianos, estas guías -que son, en realidad, un tipo particular de libros de artista- nos recuerdan que la vieja distinción entre turista y viajero es obsoleta. Que dormir en una cama cochambrosa no te hace un tipo más interesante. Que todos somos turistas emociona-

les, coleccionistas de experiencias, consumidores de souvenirs.

Si después de leer ‘Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer’ no haces el firme propósito de no viajar jamás en un crucero es que eres de piedra. David Foster Wallace se sacrifica por nosotros pasando una semana a bordo del Nadir y nos lo cuenta con todo tipo de detalles. Solo las notas a pie de página son una joya. La composición étnica de la tripulación, el modo en que fun-

## Aburrir a alguien me parece mucho peor que ofenderlo o disgustarlo

cionan los baños de los camarotes, el síndrome de la sonrisa profesional o la descripción minuciosa de los “excéntricos” pasajeros son algunos de los temas desarrollados en esos apartes marca de la casa. Para muestra, la nota 83: “un detalle que baja más la autoestima es el aspecto aburrido de todos los nativos cuando tratan con turistas americanos. Los aburrimos. Aburrir a alguien me parece mucho peor que ofenderlo o disgustarlo.” Un espacio concebido para disfrutar de una diversión constante se convierte en una cámara de torturas para un alma sensible. La lucha contra el aburrimiento se hace de forma tan exageradamente falsa que termina generando el efecto contrario, ganas de lanzarse al mar.